

FLORA
TRISTÁN

Nicole Avril

CIRCE

FLORA TRISTÁN

Nicole Avril

FLORA TRISTÁN

Traducción: Isabel González-Gallarza



CIRCE

Primera edición: octubre, 2026

Título original: «*Brune*».

© PLON, 2012

© de la traducción: Isabel González-Gallarza, 2026

© de la presente edición: CIRCE Ediciones, S.L.U.

Avda. Roma, 157

08011 - Barcelona

Tel.: 93 204 09 90

ISBN: 978-84-7765-331-8

Depósito legal: B 13124-2026

Fotocomposición gama, sl

Maria Calvet, 11

08790 Gelida, Barcelona

Impreso en España

Derechos exclusivos de edición en español para todos los países del mundo.

Cubierta y diseño: Natalia Pàmies

Fotografía de cubierta: © Archives Charmet / Bridgeman Images

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. El autor y la editorial no se responsabilizan del uso indebido de su contenido.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada informáticamente o transmitida de forma alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia sin permiso previo de la editora.

«El que sirve una revolución ara en el mar.»

SIMÓN BOLÍVAR

Carta al general Juan José Flores,
Barranquilla, 9 de noviembre de 1830.

Imagino que no daba crédito a lo que veía. Por fin aparecía la ciudad en la que tanto le habría gustado nacer. Arequipa se apagaba en el sol poniente. Paredes blancas y volcanes de contorno oscuro se recortaban en el contraluz del invierno austral. Un espejismo, solo eso. Y para ese espejismo lo había afrontado todo. El desierto. La migraña, que le arrancaba la cabeza y los ojos. El calor, que le empapaba el vestido de parisina. La mula terca que la acarreaba, como a un saco viejo, cuando ella era una digna amazona. Los océanos, los temporales y el cabo de Hornos.

Se llamaba Flora, pero en esa ciudad patricia de Perú donde había nacido su padre pronto la llamarían Florita, como hacía él. El 7 de abril de 1833, justo el día de su trigésimo cumpleaños, se embarcó en Burdeos en *Le Mexicano* y puso rumbo a Sudamérica. El 18 de agosto pisó tierra firme en el nuevo continente, en la ciudad de Valparaíso. Allí mismo se enteró de la peor noticia: su abuela peruana acababa de morir un par de días antes, en Arequipa. Había cruzado los océanos para ir a su encuentro, pero nunca la vería.

La anciana era la única persona en el mundo que podría haberla reconocido con una palabra, una sonrisa o un gesto. Le habría devuelto su verdadero nombre. La habría convertido en la hija de su hijo, sin oposición posible. Habría confirmado para siempre la identidad de

su nieta. Gracias a ella, Flora habría sido Flora Tristán, e incluso Flora de Tristán y Moscoso.

El objetivo de su viaje parecía venirse abajo. ¿Todo eso para nada? ¿*Le Mexicano* para nada? ¿Para nada esa infame tartana en la que había vomitado hasta la primera papilla bajo todas las condiciones climáticas, en falsas calmas chichas y en inmundas tempestades? ¿Para nada esos cuatro meses en los que había tratado de sobrevivir como única mujer en la promiscuidad nauseabunda de todos esos hombres? ¿Para nada el apocalipsis del cabo de Hornos? ¿Para nada las mentiras? ¿Para nada la promesa hecha al capitán Chabrié de casarse con él algún día, aun sabiendo de sobra que no la cumpliría, por la sencilla razón de que ya estaba casada y que se había jurado no revelar jamás este hecho? ¿Ya no tendría que engatusar a esa alta sociedad criolla con su cara de niña? Aunque poco puede competir ya una mujer aun antes de cumplir los treinta. Para obtener la herencia de la adinerada familia de su padre, no tendrá solo que convencerla, sino también seducirla.

Pese a la muerte de la anciana, Flora decide proseguir su viaje. No le queda otra. No puede dar marcha atrás sin haber puesto un pie en la tierra de su padre. En efecto, tendrá que esperar a la escala siguiente para desembarcar en Perú, en una pequeña ciudad de los confines del mundo que la niebla oculta a la vista. No hay ni un mísero muelle para facilitar la arribada, tendrán que echar los botes al mar.

Flora fue recibida con todos los honores. El poderío y la fortuna de su familia no parecían ajenos al respeto que se le manifestaba. La gente no perdía ocasión de acompañar el apellido de su tío, don Pío de Tristán, o don Pío de Tristán y Moscoso, con una inclinación servil de la cabeza y el cuello. Flora se alojó en la casa más bonita de la ciudad, lo cual no impidió que las pulgas se disputaran su cuerpo toda la noche. La tierra firme resultó ser mucho peor que el mar.

De tanto rascarse, al despuntar el alba la sangre manchaba su ropa interior. A bordo de *Le Mexicano*, al menos había logrado mantener limpios sus efectos per-

sonales, mientras que allí escaseaba el agua. Seguía aún ocupada en rascarse por debajo del vestido, cuando llegó el mensajero de su tío. De manera abrupta, le anunció un cambio de planes. Ya no tenía motivo alguno para proseguir viaje hacia Arequipa, pues su tío se encontraba en Camaná, en uno de sus múltiples ingenios azucareros. Era allí donde quería que Flora se reuniera con él.

El cansancio, los picores y esa nueva decepción la hicieron dudar. Los talantes voluntariosos son capaces de afrontar las situaciones más terribles si tienen previstas las dificultades, pero los accidentes del azar alteran sus estrategias. Desde Burdeos, desde París, desde la infancia incluso, Flora había soñado con Arequipa. Se imaginaba en el umbral de la inmensa mansión familiar de la que le había hablado su padre. Los visitantes de sus padres le prometían todos que iría a Arequipa. Un día, cuando seas mayor... Antes de morir, su padre había murmurado –¿cómo olvidarlo?–: «Hija mía, en Arequipa te queda tu tío Pío.» Era allí donde tenía que ir. Lo sabía desde siempre.

Le dijo al mensajero que no se reuniría con su tío en Camaná. El ingenio azucarero, los esclavos –a propósito, ¿no había abolido Simón, Simón Bolívar, la esclavitud hacía diez años?– y todo aquello no iba con ella. Iría a Arequipa como siempre lo había imaginado y aguardaría allí el regreso de su tío. Le daba igual tener que esperar unas semanas más. Lo importante era la coherencia de su proyecto.

Al día siguiente, a las cinco de la madrugada, abandonó sin pesar la cama, que las pulgas habían vuelto a cubrir de rojo, y cruzó el desierto rumbo a Arequipa con una caravana de quince hombres y otras tantas mulas.

La Flora Tristán que entra en Arequipa aún no es Flora Tristán. Llegará a serlo aun sin documento alguno que dé fe de su verdadera identidad. Lo que es seguro, en cambio, es que Flora Tristán no es solo un personaje de novela. Existió y existe hoy más que nunca. En otoño de 1957, André Breton escribía en el número 3 de *Le Surréalisme, même*, dedicado a ella: «Tal vez no haya

una existencia femenina que haya dejado en el firmamento del pensamiento una estela tan larga y luminosa como la de Flora Tristán.»

Aunque ella no me necesite para sobrevivir, yo sí la necesito a ella, y desde hace mucho tiempo. Han pasado treinta años desde que fui a Arequipa. Mi viaje fue sin duda menos azaroso que el suyo, pero ya iba en su búsqueda. No creo haberla encontrado allí. Ni los sueños, ni las ideas ni los recuerdos, y menos aún los muertos, dejan inscrita su segunda vida –que querríamos inmortal– en la piedra de las ciudades, en la roca de las montañas, en ninguna de las superficies que sus sombras acariciaron cuando estaban vivos. Solo me quedaba imaginarla y, cuando la imaginación perdura una vida entera, transformarla en novela.

Algunos juzgarán obsoleta la lucha de esta infatigable pionera. ¿No hemos pasado acaso a un mundo más vasto, más próspero, un mundo con las dimensiones del planeta, en que la lucha de clases y de estilos ya no está a la orden del día? Eso al menos nos repiten hasta la saciedad. El espejo sin azogue de la Historia, de nuestra Historia con mayúscula, no se deja atravesar tan fácilmente. Nos queda descubrir a esa mujer inolvidable llamada Flora Tristán y convertirla en historia. A la historia con minúscula se le llama novela.

Se alegró de llegar al anochecer. Aunque Arequipa había poblado sus sueños mucho tiempo, hoy temía verlos empañarse demasiado rápido. En realidad, no se sentía capaz de afrontar esa ciudad a cara descubierta. Cruzar los océanos primero y el desierto implacable después, franquear los primeros contrafuertes de los Andes, que la habían llevado a más de dos mil ochocientos metros de altura, por no hablar del salitre y de las pulgas, todo ello le había dejado huella. Aunque su prima, doña Carmen, le envió jinetes con monturas descansadas y un atuendo completo de amazona, que Flora se apresuró a vestir, su piel seguía ajada.

Era la suya una tez soberbia, propia de las mujeres morenas, que habría vuelto locos a los románticos de

París –y el primero a Víctor Hugo, con su doña Sol y demás heroínas de tez española–, pero el sol del desierto la había requemado. Tenía enrojecidos, quemados, tumefactos los labios, las mejillas y la nariz. Flora lo notaba, lo adivinaba, sin poder comprobarlo realmente. En *Le Mexicano* no había tardado en dejar de ver su propia imagen. En efecto, ¿dónde verse cuando no hay un solo espejo a bordo, ni el más mínimo filo de cuchillo que cumpla esa función, y cuando, por si eso fuera poco, no se tiene ni pizca de gana de sorprender la propia imagen en el fondo de la mirada ajena? Su piel se agrietaba como la tierra del altiplano, y Flora se alegraba de que no estuviera allí su tío. Se le antojaba indispensable disponer de al menos tres días para mejorar su apariencia.

El tableteo de la caravana por las callejuelas de Arequipa llevó a numerosos curiosos a asomarse a las puertas de sus casas. La noche era profunda, y el frío, intenso. Flora se había ocultado entera bajo sus prendas de abrigo. Su prima Carmen la esperaba en los puestos de avanzadilla, bajo los haces de luz entrecruzados de las antorchas de resina que blandían los esclavos. ¡Qué fea era, una auténtica bruja! Bajo su amplio vestido negro se adivinaba un cuerpo minúsculo, contrahecho y nudoso, como un árbol enano deformado por los temporales. La luz rasante de los candelabros le excavaba el rostro, subrayando sin piedad todas sus disimetrías y los estragos de la viruela. Su boca se abría en una sonrisa de dientes amarillos. Sin embargo, esta fealdad se reveló tan cálida, voluble y hospitalaria que Flora se sintió cautivada de inmediato.

Varias personas las habían seguido hasta la casa, y otras, mucho más numerosas, las esperaban ya en el interior. Habían sido invitados todos los parientes y allegados. La gente se apiñaba para verla, para saludarla. Ahí estaba la parisina. Lo que les interesaba no era su grado de parentesco con el tío Pío, era París lo que les apasionaba. De resultas de una conclusión apresurada, se aventuraron a preguntarle si conocía al señor Rossi ni; querían saberlo todo de su última ópera.

Carmen la hizo acomodarse en un sofá, mientras, flanqueado por sus monaguillos, el gran prior comenzaba el elogio de su difunta abuela. Un murmullo constante rodeaba a Flora, que no podía más de impaciencia y de cansancio. Cumpliendo con la tradición, doña Carmen le anunció una cena a la que acudirían cerca de cincuenta invitados. Flora hizo acopio de sus últimas fuerzas para declinar el ofrecimiento. Carmen recibió su negativa con un alivio manifiesto.

—Estaba segura de que la apreciaría —declaró—. Y eso que el tío Pío hasta me había ocultado su existencia. Antes de recibir su carta de Valparaíso, nunca había pronunciado su nombre en mi presencia. Enseguida presentí que, siendo ambas menesterosas, nos comprenderíamos... Tenga por seguro que se lo contaré todo y que tendremos tiempo de hablar antes de que él regrese de Camaná. Mientras tanto, está usted en su casa. El tío Pío nos recomendó que le prodigáramos la mejor acogida, como si yo necesitara sus recomendaciones... ¡La admiro tanto, Florita! No le importa que la llame Florita, ¿verdad? Es usted tan valiente...

—¿Valiente, yo?

—¡Una aventurera de los mares! ¿Acaso no era usted la única mujer a bordo de *Le Mexicano*? Qué espanto, solo de pensarlo. ¡Sola, Dios mío, sola! ¡Quince tripulantes, cuatro pasajeros y usted! El terror me congela la sangre desde la raíz del cabello hasta la punta de mis preciosos piecitos. Porque, dicho sea de paso, Florita, sepa usted que tengo unos pies muy bonitos. ¡Es lo único bonito que hay en mí!

—Si hubiera estado conmigo en ese barco, Carmen, le aseguro que la travesía se me habría hecho menos larga.

—¡Ay, Florita, por desgracia, no me siento capaz! Afrontar ciento tres días de tempestades, qué digo, ¡ciento tres noches! Tengo pesadillas desde que nuestro tío me habló de su aventura. Yo que nunca he puesto mis preciosos piecitos en un barco, me despierto mareada en plena noche. Pido auxilio, grito, creo agonizar en la oscuridad helada del cabo de Hornos. ¡Qué arrojo

el suyo! Lo bueno de nuestros terremotos es que lo arrasan todo en apenas unos segundos.

Flora declinó el cigarrito* que le ofreció su prima. Carmen apenas rozó el suyo con los labios antes de encenderlo y plantárselo firmemente entre los dientes. Después condujo por fin a Flora a su apartamento. Las acompañaban también otras personas, deseosas de asistir a la viajera en el momento de irse a la cama.

Tiempo después, al relatar su estancia en Arequipa, Flora dirá lo mucho que la decepcionó ese apartamento. Lo que había visto de la gran casa familiar, la noche misma de su llegada, parecía indicar que estaba a la altura de sus sueños de infancia. Pero el apartamento que le habían asignado, no doña Carmen, sino por orden expresa del tío Pío, le pareció húmedo como un sótano y triste como una tumba.

¿Cómo no encontraron algo mejor para ella en esa soberbia mansión? ¿No era acaso la hija del hermano querido que, en tiempos, había sido como un padre para su hermano menor, Pío de Tristán? ¿Había arrojado tantos peligros para eso? ¿Para una habitación desangelada, sin apenas muebles y sin ventanas en sus altos muros encalados? Al despertarse al día siguiente, solo vio, en lo alto de su mazmorra, una mísera luz que provenía de una especie de claraboya. La elección de su tío Pío le pareció significativa: traducía su condescendencia y su egoísmo. Ahora comprendía por qué, tras la muerte de su padre, nunca había respondido a las cartas desesperadas de su madre. Flora sabía desde el principio que el juego sería difícil. A su llegada, descubrió que sería aún peor de lo que había imaginado.

El código local de las buenas costumbres prescribía que la viajera no abandonara antes de un mes la casa en la que la habían recibido. Familia por familia y con gran pompa, la ciudad entera debía ir a visitarla. Al cabo de un mes de ese régimen de relegación y mundanidades forzosas, por fin se le permitiría desplazarse, pero solo

* En español en el original. (*N. de la T.*)

para devolver las visitas recibidas. Carmen le exponía este programa con la ironía de rigor, pues tampoco ella lo aprobaba. Flora no había venido desde tan lejos, no había resistido a la furia desatada de todos los elementos conjugados para someterse a semejantes imposiciones. Lo que más la impresionaba de Flora, aparte de su belleza, era su temple para decirle a su tío que no. Él la quería en Camaná, y ella, sin embargo, había seguido camino hasta Arequipa. Después de un inicio así, no iba a achantarse ante un simple código de buenas costumbres.

Las dos mujeres tramaron juntas un programa distinto. Para empezar, tres días sin visitas: así Flora podría recuperarse del viaje. Carmen le había prometido una crema de su elaboración para tratar las quemaduras del sol, las picaduras y las heridas de todo tipo. Además, tenían el pretexto perfecto para justificar su decisión. La abuela de Flora había muerto una semana antes, quedaba excluido que Flora pudiera presentarse ante las visitas de otro modo que vestida de luto. Aprovecharían, pues, esos tres días para procurarle la vestimenta adecuada. Entonces, y solo entonces, se abrirían las puertas de la casa.

En el principio era el pecado. El pecado original. La vida entera de Flora iba a depender de ese pecado de los orígenes, y ella no cesaría de transformar esa fatalidad en destino, hasta el punto de que, en su mente, esas dos palabras, fatalidad y destino, pronto habrían de confundirse.

Su padre, don Mariano de Tristán y Moscoso, pertenecía a una de las familias más antiguas y adineradas de un Perú que entonces era la joya de la Corona de España. Como primogénito, primero se había ocupado de su joven hermano Pío, antes de partir al viejo continente para servir a su rey. Allí accedió al rango de coronel. En Bilbao conoció a una muchacha francesa, Anne Laisnay, a la que la Revolución de 1789 había obligado a emigrar a España. Era unos diez años menor que él y, al no tener dinero, se encontraba en una situación muy precaria.

En 1802, un cura refractario, el padre Roncelin, los unió en matrimonio en el domicilio de la joven. La ceremonia fue clandestina, y ello por muchas razones distintas. Anne Laisnay no tenía el más mínimo ascendiente noble, por lo que don Mariano no consideró oportuno informar de esa mala boda a su ilustre familia criolla. Como oficial que era, tendría que haberle pedido permiso al rey de España para contraer matrimonio, cosa que no hizo. Casarse con una francesa plebeya, emigrada

por añadidura, no era lo que cabía esperar de un hijo del Imperio del Sol.

Además, como desde la Revolución España había cerrado el consulado de Bilbao por temor al contagio, no quedó ningún rastro escrito de esa boda religiosa. En cuanto a la boda civil, nunca la hubo, y eso es lo más extraño. Apenas unos meses después de ese amago de ceremonia, Anne y Mariano se instalaron en París, donde ya nada les habría impedido regularizar su situación. Flora nació el 7 de abril de 1803, y su supuesto padre no sintió la necesidad de reconocerla. El 9 de abril, sin embargo, fue bautizada con el nombre de Flore Célestine Thérèse Henriette Tristan-Moscoso en la parroquia de Santo Tomás de Aquino.

¿Cómo explicar semejante negligencia? Las consecuencias serán dramáticas para Flora. Don Mariano, que ronda los cuarenta años, no es un jovenzuelo irresponsable, y Anne ya no es una emigrada en apuros. La pareja lleva en París una vida agradable gracias a la ayuda que llega de Arequipa y a la renta que un tío, arzobispo de Granada durante mucho tiempo, dejó a su sobrino Mariano en su calidad de primogénito de la familia. Viven en una casa de lo más encantadora, en el 102 de la Grande-Rue de la aldea de Vaugirard. Al inicio del siglo XIX, Vaugirard es aún la campiña. Don Mariano dedica el día entero a cultivar un vasto huerto, que constituye su orgullo y su gran obra. Al atardecer, la pareja aprovecha la proximidad de París para ir a la ópera y para cenar en la ciudad. Todo parece ir de maravilla en el mejor de los mundos.

En el jardín del Edén, no serán las hadas quienes se inclinen sobre la cuna de la pequeña Flore, a la que llaman ya Florita, a usanza peruana, sino un joven apuesto. En cada una de sus visitas, la niña le tiende los brazos, y él la levanta en volandas para hacerla girar. A veces le niega el abrazo, a lo que el joven exclama: «¡Menudo carácter con solo cuatro años!»

Habla castellano como el padre de Flora, con el mismo acento, pero, como ella, tiene el cabello rizado y demasiado largo. Sobre todo, tiene unos ojos enormes y

oscuros, como ella. La niña es demasiado pequeña para reparar en el parecido que los une. El joven ejerce sobre ella una atracción tal que trata de ponerle coto. Es cierto que se arroja más gustosa a sus brazos cuando sus padres no la ven sucumbir a su deseo.

Lo que más le gusta a Flora es que haga «volar la moneda». El joven se coloca una monedita de oro en la palma de la mano y cierra los dedos. Cuando vuelve a abrirlos, la moneda ha desaparecido. Acto seguido, se pone a correr por el jardín, cantando a voz en grito: «¡La moneda vuela, la moneda vuela!» Entonces se detiene, se arrodilla para apartar la rama de un magnolio y, bajo una hoja de muguete o de balsamina, según la estación, desvela el brillo dorado de la moneda voladora.

¿Quién es ese apuesto joven que se le parece como un hermano mayor? Flora ni se lo imagina. Aun habiéndolo sabido, poco le habría importado entonces. Lo ignora todo de él. Con apenas veinte años, ya ha enviudado de una mujer a la que adoraba y a la que ninguna otra podrá sustituir del todo. Para Flora es como un rayo de vida que surca con fragor la apatía del jardín. Puede que no recuerde su nombre, es demasiado pequeña para atreverse a llamarlo Simón. Cuando sea expulsada del jardín del Edén, seguramente recompondrá esos pocos recuerdos de infancia gracias a los relatos maternos. Es probable también que el recuerdo del joven se afiance con sus hazañas y su leyenda. ¿Cómo no habría de ver Flora en el azar de este encuentro la señal de una predilección?

En Vaugirard, el joven no pierde ocasión de decirle que es hermosa e inteligente, y que de mayor lo será aún más. Una vez desaparecido el jardín, el recuerdo del joven acompañará siempre a Flora. Cabe imaginar que, al poner pie en suelo peruano y al franquear el umbral de la gran mansión de Arequipa, su primer pensamiento fuera para él. Más adelante, cuando considere necesario actuar, y lo haga poniendo en peligro su vida, ¿cómo no recurrir a él? Para entonces, el mundo entero conocerá ya su nombre. Flora se deleitará repitiéndolo en secreto. Ese hermoso caballo fogoso con quien sus padres se

cruzaron por primera vez en Bilbao volvió a caracolear en su jardín de Vaugirard en varias ocasiones. Se llamaba Simón, Simón Bolívar, y fue el honor de su siglo.

El 14 de junio de 1807, don Mariano fallece de una apoplejía fulminante. Flora acaba de cumplir cuatro años, y el mundo que la rodea se desmorona, así como el de Anne Laisnay, su madre, embarazada ya de su hermano pequeño. Una semana después, el Gobierno español precinta la casa. La viuda avisa a la familia del difunto en Perú, que interviene otorgando el usufructo provisional de la misma no a la viuda de don Mariano, cuya existencia ningún contrato de matrimonio reconoce, sino a la simple Anne Laisnay.

No habiendo heredado más que deudas de su marido, esta pone la casa en alquiler y se instala en París, en un pequeño apartamento situado cerca de la place du Carrousel, un barrio de mala reputación. El hermano de Flora llevará por nombres los de su padre y los del hermano de este: Mariano Pío Henrique Tristán. En Perú, el tío Pío se convierte en albacea y heredero universal de su hermano mayor, en ausencia de toda disposición a favor de su presunta familia. Para colmo de males, habiendo impuesto Napoleón a su hermano José en el trono de España, estalla la guerra entre los dos países. Francia confisca todos los bienes de los españoles que residen en suelo francés. Desde ese momento, el alquiler de la hermosa mansión pasará a manos del Estado. Anne Laisnay se verá privada de ese ingreso hasta su muerte.

Empieza entonces su vida errante. Se mudan tres o cuatro veces al año, a casas cada vez más pequeñas y alejadas de París. En el campo, los alquileres son más económicos, pero después de Waterloo el sustento de las tropas de ocupación, venidas de Europa entera, lo asegura la agricultura. Los ejércitos aterrorizan a los campesinos y los matan de hambre. Escasean los alimentos. El hermano pequeño de Flora sucumbe en 1817, a la edad de nueve años. Ella no lo nombrará nunca, lo cual no quiere decir que lo haya olvidado. Esos

años serán confusos y dolorosos para ella, como una pesadilla.

Es demasiado joven para sentirse desclasada, el orgullo aún no ha endurecido del todo su porte. Su madre alimenta el culto al difunto, sin reconocer la negligencia culpable de su compañero. Igual teme el mal que pueda hacerle a su hija el saberse bastarda. La rodea de ilusiones. Su Florita será rica algún día. Anne Laisnay está convencida. No es más que una mala racha, y hay que pasarla. Con sus ojos oscuros, enormes e intensos, y su exuberante cabellera, su Florita no tiene aspecto de pobre. Y, no hay que olvidarlo, está Perú, está todo el oro del Imperio del Sol. El tío Pío contestará a sus cartas algún día. Piensa incluso que Simón, Simón Bolívar, acumula una victoria tras otra. ¿Te acuerdas de Simón, Flora? Cuentan que Simón Bolívar está de nuevo en Sudamérica, donde sus hazañas hablan por él.

Francia está exangüe cuando madre e hija vuelven a París. Las dificultades han durado demasiado tiempo, y lo que queda todavía... La revolución, las guerras imperiales, una Restauración desastrosa... Anne Laisnay envía cartas angustiadas al tío Pío, pero el Imperio del Sol no responde. Más adelante, don Pío pretenderá no haberlas recibido. Los visitantes de Vaugirard, los que acudían a la casa en ese pasado fastuoso, parecen haber perdido el rastro de las dos fugitivas, difícilmente podrían volver a coincidir con ellas en su nuevo domicilio. Allí todo es demasiado feo y sucio. Las señoras como es debido no viven en barrios infestados de putas y maleantes.

En efecto, Anne Laisnay había sumado su miseria a la de su madre. Vivían las tres en un minúsculo apartamento de la rue du Foulard, junto a la place Maubert, a dos pasos de ese cabaré, Le Château Rouge, llamado también La Guillotine y frecuentado por toda una fauna de baja ralea. El hambre había empujado a la ciudad a hordas de pobres que se hacinaban en los tugurios de alrededor. Un arroyo maloliente corría por el centro de la rue du Foulard, evacuando el agua sucia de las vivien-

das y de los talleres de los tintoreros, numerosos en el barrio.

En el campo, Flora podía respirar, correr y montar a caballo. Llegó a París con una tez resplandeciente, de española, como decía su madre, y un cuerpecito nervioso y ágil. En la rue du Fouarre, nada de salir a jugar a la calle. Aunque Anne Laisnay le vaticinaba a su hija un porvenir magnífico, no tenía medios para ofrecerle la más mínima formación, si es que se le ocurría siquiera. ¿No contaba más bien con la belleza de Flora, que todo el mundo alababa, para transformar el plomo en oro? ¿No contaba con la fortuna peruana? Ella, desde luego, no había visto un céntimo de esa fortuna, pero su hija, en cambio, la reivindicaría y la obtendría seguro. Así que nada de permitirle pasar el rato en la calle, en compañía de maleantes, madamas y estudiantes sin blanca. Sintiéndose desclasada, Anne Laisnay temía el espectáculo de esos miserables que le devolvían una imagen de sí misma envilecida y amargada.

No quería sentirse rechazada y desheredada. Sí, desheredada por una familia que nunca la había reconocido, que nunca le había concedido el permiso de llevar el ilustre apellido de Tristán y Moscoso. No quería que su hija pudiera sufrir las consecuencias de su propia ingenuidad, no quería verla pagar toda su vida la cobardía de su padre. Por eso le ocultó la verdad. Criaba a Flora en el culto al difunto y el recuerdo de una edad dorada. Las dificultades presentes solo se debían a complicaciones administrativas y políticas, así como a la distancia que separaba Europa del continente americano, lo que propiciaba numerosos malentendidos.

Sobrevivían gracias a la generosidad del hermano de Anne Laisnay. Este creyó descubrir dotes artísticas en la sobrina, y quiso que asistiera a clases en una escuela de dibujo. Flora acababa de cumplir quince años y esperaba poder escapar así de su prisión. Lo que pasara en la escuela o camino de clase determinaría el resto de su vida. Una frase, una sola frase, permite adivinar los hechos. Flora escribirá en el relato de su viaje a Perú, *Peregrinaciones de una paria*: «Amé dos veces: la primera,

cuando aún era una niña. El joven que me inspiraba ese sentimiento lo merecía en todos los aspectos; pero, privado de la fuerza del alma, prefirió morir antes que desobedecer a su padre, el cual, por la crueldad de su orgullo, me había rechazado.»

Seguramente conoció a ese joven camino de sus clases de dibujo, y el padre se apresuró a informarse sobre la muchacha. Todo le estalló a la vez en la cara: Flora se enteró en ese momento, y de la peor manera posible, lo que se habían esforzado por ocultarle hasta entonces. Había usurpado el apellido Tristán. Al no existir contrato de matrimonio de sus supuestos progenitores, no podía ser reconocida como hija de su padre. Flora se descubriría bastarda. Una bastarda que no podía casarse con un joven de buena familia.

Este murió de desesperación. ¿Cómo no atribuirle a su padre la falta por la que quedaba definitivamente expulsada del paraíso? De modo que era eso el pecado de los orígenes. ¿Bastarda? ¡Bastarda, qué palabra más horrible! Flora preferirá la de «paria», con la que se designará a sí misma más adelante. Aceptaba sentirse diferente, hasta intocable. Podía incluso reivindicarlo. Todas sus luchas futuras llevarán la marca de esa diferencia. Unas veces paria, otras mesías, encontrará su lugar en los extremos. Elección o abyección.

El jardín de Vaugirard ya no existía. El jardinero se difuminó también. Pese al nombre de Flore, con el que la había bautizado, saltaba a la vista retrospectivamente que su padre había puesto más amor en sus flores que en su hija. Simón, en cambio, el héroe de su infancia, se hacía cada vez más presente en su memoria. Con su ayuda lograría quizá hacerse una coraza con todo ese fango que habían arrojado sobre ella.